



PRECIOS DE SUSCRICION.

AÑO 1. En VALENCIA: Un mes, 6 sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:
Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 3 Enero 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.—Un número suelto 2 rs.

NÚM. 6.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Dámaso Delgado Lopez.—Viage al rededor de una tarjeta fotográfica, por D. Jacinto Labaila.—Los Ensueños de Benito, (introduccion) por D. Luis Fabra y Cervera.—Biografía de Huerta, por D. R. B.—Lord Byron, por D. Teodoro Llorente.—A la infantil poetisa Clotilde Aurora Príncipe, (poesia) por Doña Maria del Pilar Sinués de Marco.— (poesia) por D. Ramon Rodriguez Correa.—La Caridad, por D. Eduardo Atard.—Llegar á tiempo: Proverbio en un acto, puesto en verso por D. Rafael Blasco, (continuacion.)

Láminas.—Retrato de Huerta.—El sueño de un cesante: caricatura.—Resabios de lo que fué: caricatura.

REVISTA DE LA SEMANA.

Ha principiado el año de 1864, y solo Dios puede saber lo que le está reservado en el libro del destino, á pesar de los aventurados juicios y pronósticos, con que nos lo quieren retratar los hombres. Con las rosas en el semblante, y la gangrena en el alma, sus primeros pasos, aunque firmes, vacilan en el sendero del mundo, y ni aun él mismo se podrá dar cuenta exacta de lo que en él ha de

acontecer. La mas perspicua inteligencia si lo intentara nadaria en el proceloso océano de las ideas sin poder divisar jamás el puerto. Si oráculos hubiese como en los tiempos antiguos de las naciones helénicas tal vez no los consultáramos por temor de que nos horrorizasen sus pronósticos, prediciéndonos seria fácil su existencia como la del hijo de Layo y de Yocasta, y la de París, hijo de Priamo y de Hécuba, que trajo la guerra sobre Troya.

Por lo pronto, nuestra semana que participa del año ya sepultado en la eternidad, y del presente que se prepara para ostentar su vida, nos ha traído la alegría aparente y las rabiéti disimuladas.

La alegría aparente, porque las fiestas con su ruido y tumulto, imprimen é impulsan nuestras almas, aunque laceradas agonicen, á que luzca en nuestro semblante la mas amarga de las sonrisas; y las rabiéti disimuladas á los pobres mortales, obligados por la imperiosa costumbre, á que quedándonos de ella exhaustos, derramemos nuestra plata á manos llenas, en el bolsillo siempre hambriento de los pedigueros que tanto en estos dias pululan, con la frase asesina de aguinaldos.

Dulces, pavos, juguetes, estrenas y aguinaldos: temibles felicitaciones, y tarjetas y convites, es cuanto hemos visto, cuanto hemos presenciado, de cuanto, en fin, hemos participado; pero todo esto, como ya debe suponerse en nuestra modesta posicion, que á la verdad no alcanza ni con mucho á la de los Cresos y Lúculos.

Pero entrando en nuestro asunto, y pro-

curando olvidar esa política universal, que con tan opuestas tendencias y aspiraciones, lucha y se agita en las diferentes naciones de la tierra, y que parece aumentarse en el comienzo de nuestro año de 1864; engolfémonos en cuanto nuestra semana nos ha presentado, que á la verdad es mucho, pero todo absolutamente en el círculo de los festejos y las alegrías.

Un descanso en el trabajo, restauracion de fuerzas para mañana, recuerdos gratos y abrigo de nuevas esperanzas, eso nos han dejado estos dias.

En Madrid diversiones y solo diversiones, y estrenos de obras dramáticas y liricas.

Entre las muchas y variadas producciones que se han puesto en escena con buen éxito, ha sido *La alegría de la casa*, arreglada del francés por D. Isidoro Gil, y *Del dicho al hecho*, de D. Fulano de Tal, cuyo pseudónimo se supone sea el mismo del autor de *Lo positivo*, D. Joaquin Estebanez.

Tambien se han estrenado, llamando á sus autores á la escena, la comedia de D. Antonio Garcia Gutierrez, titulada *Eclipse parcial* y el *Piano parlante*, del chispeante y ya célebre queridísimo amigo nuestro, Enrique Gaspar.

En Jovellanos, tambien se han puesto en escena la farsa de *Una señora como ninguna* y *La Conquista de Madrid*, de los Sres. Larra y Gaztambide.

Concierto en el palacio de la Excm. señora condesa del Montijo, con la eminente Adelina: concierto en el conservatorio á beneficio de las hermanas de la caridad, con los artistas del régio coliseo, y últimamente tambien concierto en el palacio de los reyes, con

el célebre profesor de violín Mr. White, y el inventor de la caja armónica, compuesta de treinta y cuatro copas de cristal, Comin-gio Gagliano, y cenas y festines fastuosos, se suceden sin interrupción.

Esto es lo que ha sido Madrid en estos días, y promete seguir este invierno por el mismo camino, con las reuniones líricas de la baronesa de Ortega, las dramáticas de la duquesa de Medinaceli, y los fastuosos chocolates de la de Fernannuñez, á la par que los bailes y *soirees* de las demás casas aristocráticas de la corte.

Vengamos ahora á Valencia, y descendiendo del alto pináculo de los anteriores encantos que hemos mencionado, tropezaremos con la nada en el bullicio.

En los teatros nada nuevo mas que los campanólogos escoceses, de que ya hemos hablado, y que la empresa del teatro de la Princesa nos ha hecho admirar y aplaudir entusiasmados.

Mas si hoy no tenemos nada que referir, podemos sin embargo anunciar, que si no en los teatros, al menos en los salones, se proyectan noches deliciosas.

En la noche del jueves, dieron los amables condes de Rótova una de sus magníficas reuniones amenizada con la representación de la comedia que lleva por título *Muger gazmoña y Marido infiel*, y en la que lucieron su sin igual gracejo las señoritas de Caro y Lara.

Terminada la representación, pasaron los convidados al comedor donde se sirvió un delicado refresco, bailándose despues en los magníficos salones hasta las dos de la mañana.

Muchas eran las familias de nuestra elegante sociedad que acudieron, y entre otras recordamos á las señoras y señoritas de Lara, La-Rocha, Villoris, Córtes, Benimislém, Bellet, Pestagua, Carcel, Vallterra, Yanguas, Reguera, Llano, Portillo, Saavedra, Valdés, Checa y otras muchas cuyos nombres no recordamos.

El buen gusto de los trages hacia resaltar con mas lucidez los encantos de las jóvenes amigas reunidas en aquella casa.

Recuerdos indelebles quedan de estas noches; y del afable trato de los condes es de esperar no escaseen estas francas reuniones, hijas de la íntima amistad que les une con lo mas escogido de la sociedad valenciana.

El aristocrático casino de la plaza de Mirasol está invadido por los tapiceros, que convertirán en cielo el salon destinado á los bailes, y cuyas estrellas, serán eclipsadas, no parcial sino totalmente por las siempre bellezas ideales que á ellos concurrirán.

Igualmente algunos bailes se preparan en el palacio de la capitania general, que alternando con los del casino, no podrán menos de enloquecer á la juventud.

DAMASO DELGADO LOPEZ.

VIAGE

al rededor de una tarjeta fotográfica.

I.

Un tren del ferro-carril de Zaragoza á Madrid acababa de llegar á la estacion del Medio-día de la corte.

Multitud de pasajeros, al momento que los empleados abren las portezuelas de los coches, saltan á tierra firme con la velocidad con que los pájaros se escapan de las jaulas cuando los niños les abren las puertas.

El hombre al trasportarse de un punto á otro pierde su libertad por mas ó menos horas encerrándose espontáneamente en la cárcel de un coche, y debe darse por satisfecho y por feliz siempre que puede confiar su libertad y su *autonomía* á la fuerza rápida del vapor; que muchas veces, por su desgracia, tiene que sepultarse en una perezosa diligencia, ó en una lenta galera, ó poner sus piernas en arco durante muchísimas horas para oprimir á horca-

jadas los escuetos lomos de algun rucio tísico.

De todos modos, al llegar al término de su viage, esto es, al recuperar su libertad perdida por algun tiempo, salta veloz á tierra para volver á disfrutar de esa facultad innata é inalienable en el hombre.

Por eso los pasajeros del tren de Zaragoza se apean con velocidad de los coches y acuden en masa á invadir la sala de los equipajes: entre los viajeros debemos mencionar á un jóven, vivo como una ardilla, tan jóven, que el velloso bigote, que sombrea su lábio superior, y las facciones poco pronunciadas que animan su fisonomía, dan á entender que apenas raya en la juventud, ó por lo menos que es uno de esos jóvenes aññados, cuya edad no es fácil adivinar con certeza.

Dicho jóven, impaciente por llegar, antes que el tren hiciera alto, abrió la portezuela de su coche y saltó á la estacion; fue el primero por consiguiente que se dirigió á la sala de los equipajes á recoger sus bultos.

Como la sala estaba cerrada tuvo que esperar, mientras esperó se le juntaron sus compañeros de tren, y su impaciencia fue inútil; todos entraron á la vez cuando se abrió la puerta del departamento de equipajes.

Nuestro jóven recogió sus dos bultos, llamó á un gallego, éste los acomodó en su coche, tras los bultos se acomodó él; el gallego, despues de subir al pescante, hizo crujir el látigo en silencio, el rocín comprendió la indirecta é hizo rodar el vehículo con celeridad por Atocha, internándolo en el Prado.

—Huertas, 56, gritó el jóven al cochero.

El gallego por toda contestacion movió la cabeza en señal de haber comprendido, y sin detener un instante la carrera del coche.

El jóven así como iba internándose en el Prado se le iba ensanchando el corazon; la alegría de éste se comunicaba hasta los ojos, que miraban con avidez todos los sitios que iban presentándose á su vista y que sin duda á la luz de sus recuerdos, volvíalos á ver como á otros tantos amigos despues de una ausencia. *El Botánico, El Museo, el monumento del dos de Mayo*, todo, todo le alegraba.

Ensimismado el jóven en lo que veía, que acaso le recordaba lo que no veía, llegó el coche á la mencionada casa de la calle de las Huertas, y se detuvo; el jóven se apeó con rapidéz, haciendo cargar al gallego con los bultos, subieron la escalera y en el cuarto segundo tiró con fuerza del llamador que sonó con un largo campanillazo.

Poco despues del campanillazo; una criada abrió la puerta, y el jóven, que sin duda conocia muy bien la casa, dijo al gallego —«sígueme» y se internó en las habitaciones diciéndo á la criada —«dile á la señora que ha llegado D. Carlos.»

Nuestro incógnito, cuyo nombre nos ha revelado el mismo, hizo alto en un gabinete exterior, amueblado regularmente y con buenas luces que penetraban por el vano de un balcon; el cochero dejó allí el equipage, recibió la paga del señorito y salió al tiempo que entraba una señora muy acicalada con un peinado muy reluciente y con un traje de colorines; dicha señora habia pasado ya de la juventud, pero se adornaba como si fuera jóven, echaba miradas tan fulminantes como si no tuviera mas que veinte años, se sonreía de continuo como si pudiera enseñar una dentadura modelo, y andaba con la ligereza de una garza, como si no le pesaran las carnes.

Era la patrona de huéspedes de la casa de la calle de las Huertas.

—Bien venido D. Carlos, dijo saludando al recién llegado.

—Bien hallada, Doña Ramona, contestó el jóven.

—Recibí su carta de V. ayer, y como V. verá ya tiene el gabinete aviado.

—Ya lo veo, Doña Ramona, es V. la actividad misma.

—Si V. me hubiese conocido á los veinte años!... ¡entonces era un azogue!...

—No eche V. de menos esa edad, Doña Ramona, cada año la encuentro á V. mas fresca, mas jóven digámoslo así.

—D. Carlos, ya soy un jamon rancio.

—Jamon sí, pero jamon... comible....

—V. no pierde nunca su buen humor... me mira V. siempre con ojos de estudiante.

—No, Doña Ramona, la miro á V. con los ojos de la imparcialidad.—¿Y diga V. cuántos huéspedes hay en la casa? preguntó Carlos, variando la conversacion.

—Un cura de... no recuerdo el nombre del pueblo... está en las inmediaciones del ferro-carril; un cura muy amable, muy fino....

—La religion no está reñida con la amabilidad....

—Es cierto, pero como V. sabe que en ese ramo hay de todo....

—Sí... sí...

—Además del cura, tengo un empleado en gobernacion que no hace mas que dormir....

—¿Duerme las veinticuatro horas del día?

—Quiero decir que no come en casa, que solo duerme.

—¡Ah!

—Y hace dos dias ha desocupado el gabinete de V., (yo ya no llamo de otra manera á esta habitacion) un jóven valenciano, que no traía á Madrid mas ocupacion, que pasear, concurrir á los cafés, á los teatros y á todas las diversiones.... ¡Como que es muy rico por su casa!

—No me disgustan las ocupaciones de ese jóven valenciano.

—Si viera V. qué atento es, qué fino, qué amable, qué bien educado!...

—Doña Ramona, le ha entrado á V. por el ojo derecho...

—¡De cada uno se debe hablar como se merece... figúrese V. que algunas noches me llevaba al café de Diana y me hacia tomar, y un dia tuvo la humorada de hacerme ir á Capellanes y me llevó del brazo!... ¡Ya ve usted, si es amable y bien educado!...

—¡Y fue V. á Capellanes, Doña Ramona!

—Una señora como V.!

—Sí; fui á Capellanes... pero fui disfrazada... de otro modo ¡cómo habia de ir á semejantes salones, una señora de mi categoria, á confundirse con costureras... y...

—Y algo mas... replicó interrumpiéndola D. Carlos, disfrazada ya lo comprendo...

—Yo me estoy aquí charla que te charla y V. quizás venga desmayado y desee almorzar...

—Sí, Doña Ramona, estoy hambriento como un canibal.

—Pues voy á que la criada precipite el almuerzo... almorzaremos los dos... ¿El viage feliz?

—Feliz.

—Pues hasta luego... almorzará V. en seguida.

Esto diciendo salió Doña Ramona del gabinete de D. Carlos, y éste empezó á sacar la ropa del baul, á meterla en una cómoda y arreglar su habitacion.

II.

Despues de concluida la operacion de arreglar la ropa blanca en la cómoda y de colgar en las perchas las piezas mayores, sacó el huésped del fondo del baul un revolver con la intencion de colocarlo en la alcoba en el cajon de la mesilla de noche.

Abrió dicho cajon, y al depositar en él el arma, se encontró con una caja vacía de pastillas para la tos y un papel envuelto y lleno de algo que la curiosidad le incitó á descubrir.

Desenvolvió, pues, el papel y se encontró frente á frente de un retrato fotográfico de tarjeta, de un retrato de muger, esclamando casi admirado.

¡Qué muger tan divina! qué figura tan aristocrática!...

—Grande fue la impresion que el retrato produjo en el huésped, como puede colegirse por sus hiperbólicas exclamaciones.

Para cerciorarse bien de que no se equivocaba, salió de la alcoba, donde habia poca luz, y se sentó junto al balcon contemplando como en éxtasis el pedazo de cartulina que representaba á una muger; volviendo á esclamar:

—¡No me equivoco! ¡es una muger divina! ¡joven y aristocrática! ¡debe ser de alta posición!... ¡la fotografía no miente!

Y continuó contemplándola estático como queriendo adivinar hasta su carácter por los rasgos de la fisonomía.

Mientras se extasia D. Carlos con el femenino retrato, daremos á conocer á nuestros lectores al joven impresionable que acaba de llegar de Zaragoza.

Hijo de una familia acomodada de la susodicha capital, su padre le enviaba todos los años á Madrid á estudiar leyes, y al mismo tiempo para que viera mundo y que aprendiera los modales y el buen trato de la corte; D. Carlos, dotado de una imaginacion fogosa, de temperamento nervioso, empapado en la lectura de poetas, calaveras y de novelistas aventureros, era poco á propósito para consagrarse en cuerpo y alma al estudio del *Heineccio* y de los cánones de *Cavallario*; la libertad de que disfruta un joven lejos de su familia y mucho mas viviendo en Madrid, donde reina la anarquía en las costumbres, el temperamento y la imaginacion inquieta, y sobre todo la edad, eran causas mas que suficientes para que nuestro huésped en vez de estudiar la ley *Papia Popena* estudiase la ley de simpatía que une al sexo masculino con el femenino; en una palabra, que procurase estudiar el libro tan difícil que se llama *corazon de la muger*.... Estudiar leyes para él era un pretexto para estudiar otras cosas mas halagüeñas, á la juventud; podia ignorar las causas de las renunciaciones de los obispos, podia no saber cuántas clases de censos se conocen, pero es bien seguro que conocia al dedillo todos los cafés de la corte, sabia qué funciones ejecutaban todos los dias en cada teatro, y donde vivian y qué eran muchas jóvenes bien parecidas que se pasean por Madrid.

Con estos antecedentes ya no estrañarán nuestros lectores que impresionara tanto al huésped el retrato de una muger que no conocia y que acaso por esta sola razon le tenia extático; la curiosidad, que las mas de las veces tomamos por una cosa frívola, en ciertos temperamentos y á cierta edad es una verdadera pasion.... ¡lo incógnito tiene tanto atractivo para el corazon humano!... el hombre no debia ver nada en este mundo mas que entre celajes, ver las cosas á medias, como si dijéramos; desde que las ve como son, pierden el encanto con que las doraban las ilusiones, y al perder las ilusiones pierde el hombre la felicidad.

—¡Quién será esta muger! se decia á sí mismo D. Carlos mas fascinado, cuanto mas la contemplaba. La tengo de conocer y la amaré, porque ya la amo, porque es un tipo delicioso y me dá el corazon que esta aventura ha de ser una aventura extraordinaria.... ¡Ya estoy en mi elemento! Me he enamorado sin saber de quién.... pero lo sabré... ¡vaya si lo lo sabré! Este retrato debe pertenecer al joven valenciano que acaba de desocupar este gabinete.... si será por ventura su amada.... ó acaso amiga nada mas.... ahora está tan en moda cambiar los retratos con personas que uno ha visto hasta dos veces, que nada tendrá de particular que el valenciano no esté en relaciones íntimas con ella... si estuviera no se dejara aquí este retrato, debe habersele olvidado.... y dejar con cierto desden una efigie femenina en una casa de huéspedes arguye indiferencia hacia el original. ¡No debe ser amante de él!...

En estas reflexiones estaba distraido el huésped cuando asomó en el gabinete la figura de Doña Ramona que le sacó de su distraccion diciéndole:

—Cuando usted quiera almorzar....

—Venga V. antes, Doña Ramona ¿conoce V. este retrato?

—¡Vaya! ha debido olvidárselo el valenciano.... era suyo.

—Bien, pero ¿conoce V. á la persona retratada?

—No; él me lo enseñó diciendo que era de una amiga suya.

—¿No cree V. que fuera otra cosa!

—No, D. Carlos; amiga suya nada mas.

—No le parece á V. que debe ser divino el original, que tiene el aire distinguido....

—La cara me parece regular, pero el aire.... el aire es de muger que tiene coche propio.

—Eso digo yo; una muger de figura tan distinguida debe tener coche.... no tardaré en conocerla....

—¿Y cómo?

—En el anverso del retrato está el nombre del fotógrafo; vamos á almorzar, que despues el retratista me la hará conocer.

—¡Qué curioso es V., D. Carlos!

—Sí, sí, muy curioso.... vamos á almorzar Doña Ramona.

—Vamos.

Patrona y huésped, concluidas estas palabras se dirigieron al comedor.

(Se continuará.)

JACINTO LABAILA.

LOS ENSUEÑOS DE BENITO.

INTRODUCCION.

Entre una constante alternativa de luz y de tinieblas avanza la existencia humana, en pos de una felicidad que no le es dado alcanzar.

El dia con sus albores hace sonreír á la naturaleza entera, arrulla nuestro corazon con dulces esperanzas y halaga nuestra mente con gratas ilusiones.

La noche con sus sombras, apaga aquella sonrisa con negro velo, convierte las dulces esperanzas en triste melancolía, y las gratas ilusiones en pálidos recuerdos.

Todo lo creado está sujeto á una ley, cual es el reposo tras la fatiga y la lucha. El hombre necesita del descanso para recuperar sus fuerzas, y sus órganos obedecen á la ley general de la *intermitencia*.

Despues de una larga vigilia sucumbe á una fuerza superior que no puede vencer, experimenta un sentimiento de debilidad y fatiga que le advierte la necesidad de entregarse al sueño.

A medida que se verifican estos fenómenos pierde sucesivamente el uso de los sentidos, sus movimientos son mas difíciles, sus sensaciones oscuras, y haciéndose la circulacion mas tarda, la respiracion es lenta y profunda: ideas mas ó menos incoherentes se representan en su imaginacion, hasta que por último pierde el sentimiento de su existencia y le sorprende el sueño.

En este estado se desarrolla la vida orgánica y disminuye la vida animal. Parece que el espíritu se adormece para dejar obrar á la materia.

Los antiguos, idólatras de la personificación en todolo que no se hallaba al alcance de sus sentidos, que admiraban el efecto sin remontarse á la causa, elevaron el sueño á la categoría de los dioses.

Homero y Platon le miraban como el reposo del alma. Aristóteles creia que la esencia del sueño era el enfriamiento del corazon; y en el terreno fisiológico se han desenvuelto diversas opiniones con el intento de conseguir la victoria. Algunos lo atribuyen á la compresion

del cerebro, y otros con Barthez le consideran como una funcion.

De esta última opinion es partidario mi amigo Benito.

Durante el sueño sucede que uno ó muchos miembros permanecen en actividad y transmiten al cerebro impresiones que este recibe dando por resultado los *ensueños*.

Una civilizacion incipiente colocó á estos entre las artes de la adivinacion. Y á ellos acude presuroso mi amigo Benito agitado en sus dudas, imitando á los antiguos Pelasgos cuando interrogaban las sagradas encinas del bosque de Dodona.

Por dos veces he tenido ocasion de mencionar á mi amigo Benito, y deseando que el lector se familiarice con él, me creo precisado á estereotipar moral y físicamente á éste singular personaje.

Benito es uno de esos seres con quienes la naturaleza ni ha estado pródiga ni amable. De exigua estatura, que rebaja algun tanto su estremada obesidad, reúne en su semblante como adornos de su rasgada boca dos labios carnosos, cuya robustez encubren con sobrada modestia varios productos fanericos esparcidos en desorden. De entre sus dos mejillas sonrosadas sobre un fondo cobrizo se destaca una nariz que pudiéramos clasificar de insolente si no fuera por el aplastamiento de su base. Sus ojos negros y hundidos despiden continuamente una mirada torva y sañuda, templada por dos salientes y pobladas cejas, sobre las cuales se eleva una mezuquina frente, formando los capiteles y cornisa de esta churriguesca fachada.

En su parte moral Benito es el sér original por excelencia.

Es uno de esos seres en los cuales parece que sobre el espíritu predomine la materia, constituyendo en equilibrio inestable la íntima y constante *relacion* del alma con el cuerpo.

Dotado de una extraordinaria sensibilidad, si bien no de esa disposicion tierna y delicada del alma que le dá aptitud para conmoverse y afectarse, sino de la irritabilidad de las hojas de la sensitiva que se contraen con solo la aproximacion de un cuerpo extraño; su corazon se halla en una latente efervescencia, agitado por violentas pasiones, aunque ninguna de ellas trasciende el aroma del alma y sí la fetidez de la materia.

Hijo de una sociedad civilizada, unas veces la contempla á través de un prisma risueño y seductor, al par que otras la descubre velada por densos y lúgubres celajes.

Y segun se la representa, así ve en los individuos que la componen, ó entes despreciables sujetos á un inmutable fatalismo ó seres inteligentes sin mas ley que su capricho.

Con tal diversidad de ideas y variados sentimientos, tan pronto profesa el mas cándido optimismo como se proclama el mas riguroso pesimista. Refugiándose en los extremos, cruza el camino de la vida dando tumbos y tropiezos que le producen lamentables decepciones y crueles desengaños.

Benito no puede darse razon de la antipatía que generalmente le profesan las mugeres (ese sér sensible, esa flor delicada cuyo perfume nos embriaga y mitiga en parte las penalidades de la vida,) y al verse víctima de las continuas defecciones de sus semejantes, con el corazon lacerado y los ojos humedecidos, recurre al sueño para que le cubra con su ligero manto, y le traslade á otro mundo de ilusiones donde poder vivir y ser feliz.

Pero su sueño tampoco es tranquilo; se halla agitado por estrañas pesadillas y estraordinarios ensueños de una naturaleza tal, que á veces he creído dudar si en ese trabajo incoherente de su cerebro tendria participacion la voluntad.

Efectivamente, en medio de ese dulce parasismo, Benito se trasforma, en alas de su



HUERTA.

BIOGRAFÍA DE HUERTA.

espíritu se eleva sobre la sociedad y la abarca con mirada investigadora; sus ideas adquieren un grado de lucidez incomprensible y hasta su parte física se reviste de cierto aire de superioridad.

Benito vive realmente cuando sueña. Y entonces puede decirse que es el sér creado á imagen y semejanza de Dios.

No me atrevo á anticipar la idea que el lector formará de sus ensueños.

Por mi parte sabré decir: que, repetidas veces al despertar, su primera mirada se ha fijado en mí; y al oírle referir sus ensueños he creído estar hojeando los libros *sibiliticos* ó inspeccionando las *entrañas de las víctimas* como los auríspices romanos.

Pero Benito abandona el lecho; pretende aplicar sus nuevas teorías á la vida real y vuelve á convertirse en el sér original por excelencia.

LUIS FABRA Y CAVERO.

Huerta, notable artista músico y compositor de talento, guitarrista de S. M. la Reina Doña Isabel II, caballero de la orden de Gregorio el Grande y de otras varias, nació en 1805 en Orihuela, ciudad importante del reino de Valencia, de una familia distinguida. Una vocación irresistible le arrastraba á la música, y á la edad de catorce años se distinguía ya por su aptitud para profundizar los secretos del arte. Poco tiempo después se escapó de su casa, abandonó su país natal, y formando parte de un regimiento entró en Madrid, que era entonces el centro mas activo del patriotismo en España. El valiente general Riego y los hombres mas eminentes de aquella época defendían el régimen constitucional contra los amigos del absolutismo, y Huerta ardiendo en amor por la libertad, en-

tabló amistosas relaciones con un escritor-soldado ya célebre entonces, el coronel D. Evaristo San Miguel, que murió hace pocos años siendo capitán general y comandante general de alabarderos. Un biógrafo francés asegura que de la colaboración de ambos nació el famoso himno de Riego, quizá el mas notable de Europa; pero si bien es cierto que la letra del himno fue escrita por Don Evaristo San Miguel, no creemos que la música sea de Huerta. Varias controversias se han suscitado sobre el autor del indicado himno, y jamás Huerta ha reclamado su paternidad, ignorándose hasta hoy el nombre del compositor de tan valiente é inspirada música.

La intervención francesa sofocó el movimiento liberal español, restableciendo de nuevo el régimen absoluto, y todos los que habían dado la mano á Riego tuvieron que encaminarse al destierro ó morir como él; Huerta se refugió

en Francia como muchos personajes de aquel tiempo, y desde entonces consagró su existencia al ejercicio del arte, recordando sus ideas políticas únicamente para ofrecer su bolsillo á sus antiguos amigos proscritos.

Músico de primer orden no podía menos de ser buscado por lo mas escogido de la sociedad de París. Joven, lleno de fervor por su profesion, daba lecciones de canto en compañía de García, el célebre tenor español padre de la Malibran, y de Adolfo Nourrit. En testimonio de su estrecha amistad con este último, Huerta publicó una bella composicion que lleva como dedicatoria el nombre del célebre y desdichado tenor.

Pero Huerta, espíritu caprichoso, obedecía sin calcular todos los movimientos de su fantasía. Por aquel tiempo le llamaron del Havre para que diera un concierto. Al dirigirse á su destino, encontró en el camino de París á Rouen unos negociantes españoles que se dirigian al nuevo mundo. «¿Para qué dar un concierto en el Havre? le dijeron éstos, sigáenos V. á América donde se hará V. rico.» Huerta, riendo, se embarcó y partió para New-York en el mismo instante en que el público del Havre llenaba el teatro para oírle.

En los Estados-Unidos el artista nómade corrió una serie de aventuras de las que solo citaremos un rasgo. Cantor é instrumentista ganaba todo lo que queria, cuando la casualidad le asoció á un pintor demasiado parecido á los héroes picarescos del *Gil Blas*. Ambos se convinieron en ejercitar sus facultades en aquella tierra virgen y formar una masa comun con el producto de su talento, pero Huerta solo alimentaba el tesoro, cuyo total se elevaba ya á la suma de dos mil duros. Al levantarse una mañana, Huerta descubre que su leal amigo ha huido llevándose su corta fortuna y dejándole abandonado en una posada: para colmo de desventuras pierde en una noche su voz fresca y vibrante que era su principal recurso. ¿Qué hacer en un pais donde no contaba con otro medio para vivir que el canto? Hombre de corazón no se amilana; se corta el cabello, las cejas y la barba de la mitad de la cabeza solamente, para verse forzado á no salir de la habitacion, y se dedica al estudio de la guitarra, jurando que no volverá á presentarse en público hasta que la barba, cejas y cabello hayan crecido, esto es, hasta que haya tenido el tiempo suficiente para ser un concertista de primer orden. En efecto, al cabo de tres meses de heróicos esfuerzos, Huerta se dió á conocer como el primer guitarrista del mundo musical.

Nuestro paisano saca de la guitarra, además de sus sonidos propios, el de diversos instrumentos, sorprendiendo y encantando el oído, y se ha hecho escuchar y aplaudir cien veces de toda Europa. A su vuelta de América se detiene en Londres, viviendo entre



EL SUEÑO DE UN CESANTE.

—Ya tengo otra vez en mi presencia el premio gordo de Navidad. ¡Seis milloncejos! ¡Ahí están, ahí están! Nunca he visto reunido tanto dinero. ¡Como que me encuentro cesante hace ocho años de un destino de dos mil quinientos reales!

artistas tan distinguidos como la Pasta, Galli, Doncelli, Lablache, Rubini y otros, dando conciertos hasta 1830, cuyos crecidos productos consagraba sin cesar á aliviar la desgracia de los refugiados españoles. En 1832 volvió á verle París, siendo acogido de la manera mas afectuosa por las celebridades de la política, de las artes y de la literatura. Madame Emilia de Girardin le dedicaba poesías, Lamartine y Victor Hugo le prodigaban sus encomios, Armando Marrast ensalzaba sus conciertos y M. Philypson contrajo con él una estrecha amistad que mas tarde dió por fruto un excelente retrato que vió la luz en el *Journal Amussant*.

Después Huerta ha recorrido las principales capitales de Europa llamando la atención en todas partes. En 1858 visitó de nuevo la España y dió en Valencia algunos conciertos. El hombre estaba abatido, pero el concertista era siempre el mismo; el gran ejecutante que no conoce las dificultades, que las busca para vencerlas, que endulza, ó modifica ó transforma los sonidos á su voluntad. Mas tarde volvió al extranjero y no sabemos en la actualidad dónde se encuentra.

El retrato de Huerta que ofrecemos á nuestros lectores está copiado de otro ejecutado en París, sacado de una fotografía.

R. B.

LORD BYRON.

II.

Parece que la naturaleza y las circunstancias obraron de acuerdo para emplear su cuidadosa solicitud en favorecer á lord Byron con las elevadas cualidades y amables defectos, que en todas épocas fueron condiciones constitutivas del poeta, inoculando al propio tiempo tan profundamente en su carácter el genio especial de la época en que vivió, que nadie puede negarle la representación mas legítima del tipo poético y de la idea de su siglo.

La aristocracia británica, la única que conserva la tradición de las almas fuertes y de los grandes caracteres, dióle esa elevación de sentimientos, esa superioridad ingénita, y ese desden de la suerte, de los hombres y de las cosas, que dan siempre el predominio á los seres que desde la cuna aprendieron á andar sobre el vulgo con la frente erguida. En las viejas abadías de la Edad Media alimentóse su niñez de misteriosas tradiciones, y adquirió su juventud indómita energía y rudo vigor en las montañas, robustas ubres de la naturaleza. Templáronse en la soledad y la meditación su alma impresionable y su corazón avariento; sintió en los bosques de la antigua Caledonia florecer en su espíritu amores prematuros y

turbar su imaginación delirios no comprendidos; y cuando ingenuo, adolescente, presentóse al mundo, cantando con voz insegura y no estudiado númen, su pasión de niño y sus sueños de poeta, recibió su orgullo el inesperado golpe de una crítica despiadada. El naciente bardo de las rocas de Escocia vió estrellarse el mundo que en su fantasía había creado, contra la fría sensatez de los sábios y eruditos doctores de Edimburgo.

Entregado á sí mismo, el vanidoso lord, en una sociedad que lo rechazaba desdeñosa, herida por la afectada superioridad de aquel mozo soberbio, gastó toda su energía en escupir la hiel de la sátira á las frentes que se levantaban enfrente de él, y en buscar en todos los goces de la vida, en una aparatosa exageración de los placeres, y en el menosprecio de las reglas urbanas, la satisfacción de un alma insaciable, instigada por un despecho mal disfrazado.

El desencanto que todo espíritu superior encuentra siempre en estos placeres vulgares, el injusto desden, que merecido por sus venales compañeros de disipación, lo estendió la impresionable imaginación del poeta á los hombres todos; la supersticiosa creencia de su desventurado sino, producida por el decaimiento y la decepción, agriaron de tal suerte su genio descontentadizo, que lo que en un principio no era mas que humorística mordacidad, convirtióse mas tarde en cruel misantropía.

Origen de la funesta reputación del celebrado lord, fue esta época de su vida juvenil; y la fase de su carácter puesta en aquellos días de manifesto, con insensato alarde, miróse desde entonces como el rasgo primordial y característico de su genio. No contribuyó poco á oscurecer con tintas tan sombrías el retrato del poeta, su pueril anhelo de exagerar en sus obras con misteriosos arcanos los extravíos y dolores de su juventud, creando un tipo imaginario del mal idealizado, que con distintos nombres y diversos atavíos, pero siempre idéntico en el fondo del carácter, llámese Lara ó Conrado, el Renegado ó el Infel, Satan ó Cain, Sardanápalo ó Werner, Child-Harold ó D. Juan,

representa al hijo predilecto de su imaginación, al que, prestándole algunos rasgos de su propia fisonomía ó atribuyéndole ciertos detalles de su historia, hacia aparecer como su misma imagen poetizada. Esta vanidad, pretenciosa y ridícula en quien no se hubiese hecho perdonar las exageraciones de su amor propio, con superioridad tan reconocida, fue para Byron el principal origen de todos sus imaginados tormentos. El mismo pinta con admirable exactitud esta disposición del ánimo, que llega á ser un verdadero estado morboso en las almas sobradamente sensibles.

«¡Ay! ¡Tantas veces meditando largas Horas de insomnio devoré y locura,
Que hoy mi cerebro do la estéril lava
Hirvió del pensamiento, es negro foco
De luces, sombras, sueños y fantasmas!
Mi jóven corazón domar no supe
Y emponzoñé mi vida (1).»

Peró esta flaqueza, que en los poetas y artistas encuentra su disculpa en ese *algo femenino* que forma parte de su carácter, estaba compensada en Byron con una energía febril y devoradora, la cual no permitía la postración de su atormentado espíritu, y con una nobilísima elevación de sentimientos, á la cual debió el no caer nunca al fondo de las simas á cuyos vértigos se complacía en esponer su codicioso deseo. Con el luminoso rayo de la divinidad en la frente, y la sonrisa del desden en los labios, cruzó, sin manchar su manto de poeta, sobre el cieno de la vida; y pronto, elevando su insaciable afán á mas altos objetos, abandonó sus ocios sensuales y la escena de sus triunfos indignos, para correr en pos del ideal fantasma que su imaginación perseguía.

Perpétuo peregrino, vió la Europa correr sin descanso, hasta su muerte, en busca de una nueva gota del placer, cuyo cáliz estaba ya roto entre sus manos impacientes, ó de un nuevo dolor, que hiciera vibrar las cuerdas distensas de su alma. Vióle inspirar su poesía en todos los ideales, y entregar su entusiasmo á todas las nobles causas. Reconoció su genio en la magnanimidad de sus propósitos, y en la sublimidad de sus cantos, y su flaqueza en sus veleidosos estravíos, en sus lágrimas mugeriles, en sus forzadas sonrisas; y todos los ánimos impregnados del lloroso sensibilismo que habian preparado los vagos dolores de René y de Werner, entregáronse sin resistencia al arrebato del poeta que dando cuerpo á aquellos fantasmas de inmotivados padecimientos, presentaba al mundo en espectáculo su corazón despedazado y su espíritu combatido.

Byron comprendió, ó por mejor decir, sintió lo que debía ser la moderna poesía; no un vano juego de la imaginación, un caprichoso escaqueo de la fantasía, sino la expresión mas digna de lo que de superior y divino el hombre siente, revelado por su alma, ó por la naturaleza reflejada. Arrancando á la realidad, con mano vigorosa, sus poéticas creaciones, desdeñó casi siempre el auxilio de la imaginación, cuyos pueriles arabescos hubieran sentado mal á la severidad de su obra. Este carácter de la poesía byroniana no ha sido bastante estudiado, á pesar de ser una de sus cualidades distintivas. Nada inventó nuestro poeta: no hay ninguno de sus personajes á quienes no haya prestado su propia vida; ninguna de sus grandiosas descripciones que no haya sido por él arrancada al mundo real. Supo mantener al arte en su verdadera esfera, apoyándolo en la vida y la naturaleza, para le-

vantarlo, sobre esta firme base á la altura de lo ideal. Por eso arrojó su existencia á todos los vientos, como su alma á todas las pasiones: necesitando asimilarse todos los elementos de su poesía, le era preciso verlo todo, sentirlo todo; y esta necesidad explica del mismo modo la inconstancia de su carácter y la actividad de su vida. El Occéano y el Mediterráneo vieron cruzar incansable á aquel delicado jóven, de frente pálida y luminosa pupila, surcando impávido las olas, siempre mas tranquilas que sus borrascosos pensamientos, para buscar en cada orilla la satisfacción de un nuevo anhelo.

Dónde fue, qué es lo que su numen soñador encontró en cada uno de los parnasos que visitó su musa peregrina, en otro artículo lo diremos, si no se cansa el lector de seguirnos en este viaje al derredor de un grande nombre.

TEODORO LLORENTE.

A LA INFANTIL POETISA

CLOTILDE AURORA PRÍNCIPE.

Niña gentil, en cuyos negros ojos
Arde del genio el refrigente rayo
Y que retratas en tus labios rojos
Las rosas puras del florido Mayo;
Cuéntame tus ensueños, tus antojos,
Y el alma volverá de su desmayo,
Para aspirar con íntima alegría,
Tu bella é inocente poesía.

Tú me preguntas, si mi triste canto
Nació conmigo ó lo aprendí en la tierra,
Y si algun día lo regué con llanto
Y si con él apostrofé á la guerra.
¡Si! ¡conmigo nació! y era mi encanto
Niña como eres tú, cruzar la sierra;
Contemplar á la luna y á las flores,
Y escuchar el cantar de los pastores.

Yo canto, como canta en la pradera
La misera y errante golondrina,
Como canta en la alegre primavera
El ruiseñor, que en las acacias trina,
Como canta la alondra lastimera
Cuando asoma la estrella vespertina,
Como canta el arroyo transparente
Al azulado cielo sonriente.

Sin método, sin ciencia, sin empeño,
Solo Dios me enseñó mis armonías:
A Dios le canto en mi tranquilo sueño,
A Dios le canto en mis serenos días.
Dios, de mi inspiración único dueño,
Acepta mis sencillas melodías,
Y ni á la guerra dediqué mi canto,
Ni le regué jamás con triste llanto.

La verde rama que columpia el viento
El rayo de la luna desprendido,
Que penetra medroso en mi aposento;
De la sencilla tórtola el gemido
Que entre sus alas me conduce el viento
Como recuerdo del amor perdido;
Todo envía, Clotilde, al alma pura
Raudales de armonía y de dulzura.

La barca humilde, que del manso río
Los diáfanos cristales va cruzando;
La niña que atraviesa el bosque umbrío
Y flores entre el césped va buscando;
El humo del nevado caserío,
El pájaro que el aire va cortando,
Y de las flores el murmurio leve
Cuando la brisa sus corolas mueve;

Y el ronco trueno, y la tormenta loca
Que en lluvias estridente se desata:
Y la anchurosa y espumante boca
Que ostenta la soberbia catarata;
Del alto monte la nevada toca
Y el largo manto de argentada plata,
Y las purpúreas nubes de occidente,
Y las rosadas del alegre oriente,

Todo me habla de amor, de poesía:
En todo veo la potente mano
Del Hacedor, que el universo cria
Y de su sér el insondable arcano:
Dióle belleza al lumínar del día
Un soplo de su aliento soberano
Y á la noche su espléndida grandeza
El grave reflejar de su belleza.

Yo canto como el ave: yo cantara
Sin método, ni afán, esfuerzo ó cuenta,
Sin que nadie en el mundo me escuchara
Sin nacer Guttemberg, ni haber imprenta.
Aunque sola en el orbe me quedara,
O aunque me oyese cuanto vida alienta,
¡Yo cantaría, y al dejar el mundo,
Cantaré, como el cisne moribundo!

¿No cantan ¡Gloria á Dios! la flor y el ave,
La tormenta, los astros y las brisas,
Los poetas con voz sonora y grave?
¡Pues cantemos también las poetisas!
Le canta el aura con su acento suave:
Himno eterno de amor le dan las brisas,
Y los bramidos de la mar rugiente,
Le cantan con su voz omnipotente!

Ciñan siempre, Clotilde, tu arpa de oro
La esperanza y la fe, flores del cielo.
Y nunca amargo correrá tu lloro,
Y nunca en vano, pedirás consuelo:
Son esas santas flores, el tesoro
Que guarda la muger en este suelo
Y ellas encierran la aromada historia
De las cantoras que alcanzaron gloria.

Tal vez es cierto que el poeta llora
Cuando se ven reir los demás seres;
Mas la llama del estro brilladora
No es la que arranca llanto á las mugeres.
Esque en el alma nuestra se atesora
Mas afán de dolor que de placeres:
Que en nosotras hallaron blando asiento,
La ternura, el amor y el sentimiento.

No abandones la augusta poesía:
¡Su hálito santo, el universo llena!
¡Del aire vá por la region vacía!
¡Del cielo vá, por la region serena!
Revele cuanto existe su armonía:
Luz es del alma, generosa y buena:
Presta á la fantasía, blancas alas,
Presta al amor, inmaculadas galas!

Se bien llegada pues, tierna cantora.
Al armonioso y femenino coro,
Y ¡ojala seas la gentil aurora
Que un sol anuncie con reflejos de oro!
¡Que el eco de tu cítara sonora
Y de tu canto, el celestial tesoro,
Vuelen gloriosos por el mundo entero
Como los ecos del clarín de Homero!

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Nubes blancas, nubes blancas
Que bogáis por la alta esfera,
¡Sois las mismas en que, niño,
Fijaba mi vista atenta?...
¿Os acordáis?... De los trópicos

En las calurosas siestas,
Sobre el maternal regazo
Apoyaba mi cabeza.

Y en tanto que con mis rizos
Jugaba mi madre tierna,
Yo embebecido os miraba
Atento á vuestra carrera,

Unas veces juguetonas
Cual vírgenes que se besan,
Formando vellón de nieve
Os agrupabais ligeras.

Otras, cual locas hermanas
Que asustadas se dispersan,
Rápidas os separabais,
En alas de brisa fresca.

Y mientras alegres todas
En caprichosas revueltas,
Ya blanca torre finjais,
Ya alimaña gigantesca,

(1) I have thought
Too long and darkly, till my brain became
In its own eddy boiling and o'erwrought,
A whirling gulf of phantasy and flame,
And thus untought in youth my heart to tame,
My springs of life were poison'd.
Clotilde Harolds Pilgrimage, canto III, st. 7.

Alguna triste, alejada
De sus locas compañeras,
Pronta á deshacerse en lluvia,
Sola viajaba entre penas!
Súbito en el horizonte
El sol á lejanas tierras
Pronto á partir, detenfase
A aumentar tanta belleza.
Padre cariñoso, á todas
Con esplendidez obsequia,
A esta de nácar la viste,
De gualda y carmin á aquella.
Lentamente el cielo cubre
De la noche sombra densa,
Y yo os sigo en el espacio
Sin distinguíros apenas.
Y cuando del hondo sueño
Inerte esclavo ya era,
Entre blanquísimas nubes,
Jugar soñaba con ellas!
.....
¡Nubes blancas, sueños puros
De mis días de inocencia!...
¡Pasad, que en el alma tengo
Nubes muy negras, muy negras!

RAMÓN RODRIGUEZ CORREA.

LA CARIDAD.

Como el sol, en el órden físico, refleja su luz sobre los mares y los lagos, Dios en el órden moral, refleja su espíritu en la humanidad por medio de las virtudes.

La caridad es la virtud de las virtudes; es por excelencia la virtud de Dios.

Divina en su origen y en su objeto, donde quiera que está hace recordar á la divinidad.

Modesta en su aspecto, es bendecida por los pequeños y respetada de los grandes.

Sufrida con los que ofenden,
Tolerante con los que yerran,
Cariñosa con los que sufren,

La caridad es blanda como la cera, fuerte y resistente como el hierro, flexible como el acero bien templado.

La caridad ha llevado religiosos al seno de mortíferas minas de la América para cuidar de aquellos seres miserables que viven, enferman y mueren en el seno de la tierra para buscarnos el oro. Y los ha llevado á las cumbres del San Bernardo para salvar á los que perecerían entre sus nieves.

La caridad ha levantado, al par de los palacios de los ricos, los hospitales de los pobres.

Hermanas de la caridad, admirables mugeres, aceptan por ella, en el mas alto grado de abnegacion y de heroismo, la mision de amor que Dios encomendó á su sexo.

Los desvalidos la encuentran junto á sus lechos.

No les preguntan quién son, de dónde vienen, ni á dónde van.

¿Sufiris?
Aquí están vuestras hermanas.

Ni las enfermedades mas horribles las espantan, ni las vigiliadas mas continuadas las intimidan, ni el estruendo ni los horrores de la guerra las asustan.

Son hermanas de la caridad, la caridad está con ellas, y la caridad es el espíritu de Dios.

La caridad asocia á los felices y á los ricos en beneficio de los que padecen y de los pobres;

Adopta á los hijos abandonados por sus padres, y á los huérfanos;

Cuida de los párvulos y los educa;
Instruye á los adultos;

Vigila por las vírgenes.
Jamás será perdido el beneficio de la caridad: el que le hace, cuando no otro, halla en la satisfaccion de su alma el premio de su accion.

La gota de rocío que refresca la flor se embalsama con su aroma.

Bellas sois las mugeres.

Encantadoras, cuando al compás de la música armoniosa bailais en los salones;

Cuando alzais el canto deleitoso;

Cuando paseais en nuestros jardines, émulas de las flores;

Cuando tímidamente ofreéis amor al elegido del corazon;

Cuando, esposas y madres, velais con afán por el bienestar de la familia,

Cuando, hermanas, os desvivís por vuestro hermano con cariñoso anhelo.

Pero cuando os presentais en los templos á implorar caridad para los desvalidos; cuando llegais á las casas de los pobres y á los lechos de los enfermos, y derramais vuestros beneficios y vuestros consuelos, ¡oh, entonces no sois ya hermosas, ni mugeres; sois ángeles! Angeles, porque os diviniza la caridad, como lo diviniza todo; porque la caridad es el lazo que une el mundo con el cielo, es la virtud de las virtudes, es el espíritu de Dios.

EDUARDO ATARD.

LLEGAR Á TIEMPO.

Proverbio en un acto, puesto en verso

por Rafael Blasco.

(Continuación.)

JULIA. Pues muérdase V. la lengua:
Ya hablará V.

D.^a AND. ¿Cuándo?
JULIA. Luego.

(A Carlos.)
Dispense usté á esta señora;
Es el ama de gobierno
De casa. Le gustan mucho
Las láminas, aquí veo
Un album.

(En tanto que dice estas palabras se acerca á la mesa y abre el album; Doña Andrea se levanta, Julia le entrega su abrigo que D.^a Andrea coloca sobre una silla; Carlos se coloca á la izquierda y observa con admiracion lo que pasa.)

CARL. (¡Con qué franqueza
Dispone! ¡me gusta esto!)

JULIA. Yo no me marchó de aquí,
D. Carlos, hasta el momento
En que quede convencido.

CARL. (Riendo.) ¡Yo su conducta celebro!

JULIA. En cierto libro francés,
Cuyo nombre no recuerdo;
Hace tiempo que lei:
«El fin escusa los medios.»

CARL. ¿Le gustan á V. los libros
Franceses?

JULIA. Son mi embeleso.

CARL. ¡Las novelas!...

JULIA. Sobre todo:
CARL. ¡Las socialistas!...

JULIA. ¡Soberbio!

CARL. ¿Y V. ama el matrimonio!

JULIA. Yo, no señor; le detesto.

CARL. Y viene V....

JULIA. A rogarle
Que se oponga al casamiento
De mi hermana.

CARL. (Acercando su silla á la de Julia.)
¿Qué demonio!

Pues es lo que yo deseo.

JULIA. ¡Qué amable es V., qué amable!

D.^a AND. (Colocándose entre ellos, por detrás.)
¡Dios mío! qué estoy oyendo:
¡Odiar la dulce coyunda!

Vamos; cuando yo me acuerdo
De mis tres maridos!....

CARL. ¡Ola!

Tres maridos!

D.^a AND. Caballero,
Y si el cuarto se presenta
Cargo con él.

CARL. Buen provecho.

D.^a AND. Cuando tuve quince años
Me casaron con un viejo
Setenton; se murió el pobre
A los tres meses y medio.

CARL. ¡Qué desgracia!

JULIA. (D. Carlos.) ¿No le cansan?

A V. semejantes cuentos?

CARL. (D.^a Julia.) Me entretienen: ¡pobre vieja!

JULIA. (D. Carlos.) Si la oye V. buen tormento
Le ha caído!

D.^a AND. Aquí empezó
Mi mal: me casé de nuevo.

Mi segundo esposo, un chico
Jóven de mucho talento,
Memorialista.... ¡infeliz!

Estaba malo del pecho
Y al cabo de cinco meses....

CARL. ¿Se murió?...
D.^a AND. No hubo remedio:

(Julia se levanta y se pone á hojear el album que está sobre la mesa.)

Fue mi dolor muy terrible,
Era mi vida un infierno
Y solo por distraccion
Escuché los chicleos
De Antonio.

CARL. ¿Quién es Antonio?

D.^a AND. Quién ha de ser, el tercero.
Yo que estaba precavida
Por el anterior suceso,
Antes de casarme tuve
Una consulta de médicos,
Me dijeron que se hallaba

(Llorando.)

Sano: los pulmones buenos,
Estómago de avestruz....
Yo me consolé con esto,
Pero mi fatal destino
Dió al traste con mis proyectos.

CARL. ¿Qué sucedió?

D.^a AND. A la mañana
Siguió del casamiento....

CARL. ¿Se murió!...

D.^a AND. Cá, no señor;
Si al menos se hubiera muerto
Hubiera buscado un cuarto.

CARL. Cáscaras!

D.^a AND. Ni ese consuelo
Tuve. Se fue el pobrecito

CARL. ¿Con que se marchó?

D.^a AND. Y no ha vuelto

Pero me dejó un escrito
Breve, sentido, patético,
Diciendo que se marchaba
Para querermé mas tiempo.

JULIA. ¿Y calla V. Doña Andrea
Que al marcharse ese sugeto
Sus alhajas se llevó?

D.^a AND. Sí, por tener un recuerdo.

CARL. ¿Cómo habla V. de casarse,
Señora, otra vez, teniendo
Marido?

D.^a AND. ¿Cómo hace ya
Treinta años que no le veo!...

JULIA. Si V. se pone á charlar
De sus varios himeneos
No acabamos nunca; es tarde:
Baje V. en el momento
Y busque un coche de plaza.
Y nosotros hablaremos
Entre tanto de evitar
Que nuestros hermanos....

D.^a AND. Bueno;

Voy corriendo, señorita,
Aunque con estos recuerdos
Tan dulces!...

JULIA. ¡Vuelta otra vez!

D.^a AND. Nada; me voy; no hay remedio.
(Vase por el foro.)

ESCENA V.

JULIA, CARLOS, que ha seguido á Doña Andrea hasta la puerta, volviendo á la escena.

JULIA. (Sentándose en la butaca.)
Es una pobre muger,
Pero, en fin, me quiere tanto!

CARL. Es V. buena.

JULIA. No soy
Mala en mi entender.

CARL. Acaso
¿Tiene su hermana de V.
Su mismo genio?

JULIA. Al contrario,
Yo soy viva y su carácter
Es tranquilo, reposado,
¡Una malva!...

CARL. A V. sin duda
Le disgustará mi hermano.

JULIA. No por cierto, es muy amable,
Pero es el eterno lazo
Tan terrible, y es tan dulce
La libertad!...



RESABIOS DE LO QUE FUE.

Maldice su suerte perra
Un general de cuartel
Que ayer jugaba el papel
De ministro de la Guerra.

Y hoy poniendo el rostro sério,
Recordando las sesiones,
Vuelve á egercer las funciones
De su antiguo ministerio.

CARL. ¡Bravo, bravo!
¿En dónde ha adquirido V.
Pensamientos tan exactos?
JULIA. En las novelas francesas.
Luego, encuentro á cada paso
Tanta muger infeliz,
Tanto marido tiránico!
Uno detesta los bailes,
El otro los espectáculos,
Aquel no quiere novelas
Ni vestidos escotados....
CARL. Pero hay muger que domina
Al marido, sin embargo.
JULIA. ¿Cuando el marido es un necio!
CARL. Es verdad.
JULIA. ¡Y en ese caso
Mas vale vivir soltera!...
CARL. ¡Y las mugeres! ¡qué gastos,
Qué exigencias, qué caprichos,
Qué antojos estrafalarios!
JULIA. Es muy cierto; pero hay muchas
Que obedecen los mandatos
De su marido.
CARL. ¡Son tontas
De remate! ¡Será grato
Vivir con una muger
De talento limitado!
JULIA. Si yo llegara á casarme
Trataría sin descanso
De agradar á mi marido
Para que hallase á mi lado
La mayor felicidad.
CARL. Pues yo, Julia haría otro tanto;
En mi muger miraría
Una amiga, y sus encantos
Con placer á cada instante
Ensalzarían mis lábios.
JULIA. ¡Qué bien que nos entendemos!
CARL. Pero mire V. que es chasco;
Si encontrase esa muger
Ideal que le he pintado
No me casaba con ella.
JULIA. Si yo el modelo acabado
Hallase de los maridos
Le despachaba.
CARL. ¡Diablo!
El matrimonio destruye
El amor.
JULIA. Y mata al cabo
Las ilusiones.

CARL. Y viejo
Se hace uno con pocos años.
JULIA. Y hay disgustos.
CARL. Y querellas.
JULIA. Y riñas.
CARL. Y hasta porrazos.
JULIA. ¡Oh! vale mas la amistad.
CARL. ¡Sin comparacion!
JULIA. Es claro.
CARL. La amistad de hombre y muger....
Nada en el mundo mas grato.
JULIA. Eso dicen.
CARL. Eso dicen.
¿Qué nos impide ensayarlo?
Puesto que son nuestros gustos
Los mismos y son exactos
A mis propios pensamientos
Sus pensamientos.... Veamos;
¿Usted quiere ser mi hermana?
(Volviéndose á él y tendiéndole la mano.)
JULIA. ¡Sí; lo quiero, hermano Carlos!
(Estrechando su mano.)
CARL. Julia, Julia; angel bendito
Que hoy el cielo me ha enviado!
JULIA. Día de Reyes, los amigos
Se entregan mútuos regalos.
(Quitándose una cruz que lleva al cuello.)
Tome usted este recuerdo.
CARL. (Con emocion.) ¡Nunca podré abandonarlo!
Usted en nada se parece
A las demás, y yo hallo
En usted no sé que nuevas
Bellezas, nuevos encantos!
¿Que podré entregarle yo
De esta bella cruz en cambio?
Ahí tiene usted esta Biblia,
(Tomando un libro de la mesa que hay en el foro.)
Era de mi madre, cuando
Irresoluta se hallaba,
Este libro abría al acaso
Y siempre encontraba en él
Reglas y consejos santos.
JULIA. Ah, gracias; yo como ella
Obraré, lo mismo, Carlos!
¡Bien hice al venir aquí!
CARL. Cuando volverá usted, cuando?
JULIA. Jamás; si á llegar supiera
¡Mi tío!... ¡infeliz anciano!
¡Qué disgustos sufriría!
¡El es del siglo pasado

No está por estas ideas!....
Quiere que me case.
CARL. ¡Escándalo!
Pero sin que nos casemos
Podemos proporcionarnos
Una existencia feliz.
¡El viajar me gusta tanto!

(Se continuará.)



PUNTOS DE SUSCRICION.

En Valencia, Administracion del periódico, imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, núm. 3; y en el centro general de suscripciones de Don Manuel Carboneres, plaza de la Constitucion, librería de D. Juan Mariana, Hierros de la Lonja.

En Madrid, Sres. D. Carlos Bailly Bailliere, plaza del Príncipe D. Alfonso, y D. Cipriano Moro.

En las demás provincias en todas las principales librerías.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.